

UNA MIRADA A LA POBREZA: El trabajo infantil en México

Antonio Padilla Arroyo

Instituto Superior de Ciencias de la Educación del Estado de México

INTRODUCCION

El presente texto formula una serie de reflexiones en torno al papel que desempeña el trabajo infantil dentro de las estrategias de sobrevivencia, en especial la reorganización de las relaciones familiares, a las nuevas condiciones económicas y sociales que imponen los procesos de transición social y las políticas de reajuste estructural o neoliberales en nuestro país. Además, pretende destacar varios perfiles de, al parecer, una visión distinta sobre el niño, del lugar que ocupa y debe ocupar en la creación de un orden que acompaña a la transición social y de acuerdo con una nueva mirada sobre la importancia del trabajo infantil.

Conviene precisar que éstas líneas se orientan hacia la descripción de esa nueva mirada sobre el niño no sólo porque resulta difícil precisar la contribución del trabajo infantil a la economía familiar y a la economía en su conjunto, situación que se deriva de la falta de estudios específicos en la materia y, sobre todo, por la discreción y disimulo con que actúan tanto las autoridades encargadas de la protección de la infancia como los empleadores o los usufructuarios del trabajo infantil, sino porque considero que en estos momentos es más fructífero hacer notar las consecuencias morales, culturales y legales del trabajo infantil. En suma, estas líneas pretenden contribuir al debate sobre las ideas sociales alrededor del niño y el menor trabajador. Acaso estemos ante una nueva mirada al niño, en la que se destaca su actitud pragmática, característica del pensamiento social conservador, que presenta el trabajo infantil, así como muchas otras cosas, como inevitables pese al drama que pueda representar. Mirada que se reduce, en gran medida, al terreno de la filantropía y el interés privado, con la consecuente fundación de nuevas instituciones de control social de corte reformista que se distingue por su empeño para mitigar los efectos más graves de la situación laboral y social del trabajo infantil. Asunto de conciencia no de economía.

LA DANZA DE LA POBREZA EN AMERICA LATINA

Uno de los efectos fundamentales de la crisis económica que ha asolado a las naciones latinoamericanas durante los últimos diez años ha tenido diversos efectos sociales. Las violentas protestas, así como las movilizaciones de numerosos sectores sociales han sido un reflejo del enorme malestar que ha venido acumulándose durante los años de crisis y ajuste estructural de las economías de América Latina.

Al mismo tiempo que se han reducido condiciones de vida de la mayoría de la población sobre todo por la contención salarial y la reducción del gasto social en sectores estratégicos para mantener indicadores aceptables de bienestar social, -educación, salud y vivienda-, y, por añadidura se ha incrementado la población en condiciones de pobreza y extrema pobreza, se ha asistido a un proceso de “transición social” en segmentos significativos de la población que fueron sinónimo de estabilidad y crecimiento económico en la región durante la década de los ochentas, en especial la clase media y los obreros calificados.

A la secular pobreza en la región, identificada con zonas rurales y urbanas de las periferias ciudades, la cual se asocia al proceso de industrialización y urbanización promovido entre los años cincuenta y los setenta, se ha sumado una franja de la población que busca en el sector de servicios ocupaciones que le permitan garantizar una vida que los aleje de la línea de la pobreza extrema.

De hecho, las políticas de ajuste estructural ha afectado directamente a burócratas, en tanto que las políticas de apertura comercial ha incidido sobre los obreros de la gran mayoría de las ramas productivas, aumentado el número de jubilados y pensionados, despedidos y liquidados. El rasgo común de ambas caras de la misma moneda, la reforma del benefactor, ha sido que no se trata de una política de carácter coyuntural para superar la crisis, sino una tendencia que se consolida y que se convierte en regla permanente que guíe las nuevas relaciones económicas y sociales. En estas condiciones es evidente el desplazamiento de esos grupos de asalariados hacia el sector informal de la economía en especial en la prestación de servicios personales y trabajadores por cuenta propia. Para comprender el significado y la dimensión de la “transición social” de estos núcleos de población más recurrir a las estadísticas del volumen de trabajadores y empleados que han transitado el camino de la industria a los servicios y de la economía formal a la informal, basta con mirar las calles de nuestras ciudades para darnos una imagen aproximada de la nueva realidad social y económica.

La transición social que afronta América Latina presenta modalidades ocupacionales que están creando un “nuevo” trabajador en proceso de asimilación social y cultural de un espacio que le es extraño, pero donde se compelido

a forjar redes sociales inéditas. Transita del espacio cerrado, privado, sujeto a horarios y ritmos de trabajo impuestos a uno abierto, público, a veces violento y en otras ocasiones solidarios que lo convierte en “gente de la calle”. Según la CEPAL “Es probable que éstos constituyan una proporción considerable de los nuevos pobres”. Este nuevo trabajador busca revalorar la función que le significa el trabajo en la informalidad y el status, antes ofrecido por la práctica profesional, la oficina, la fábrica, etcétera. Se encuentra obligado a dignificar el “trabajo en la calle, en el comercio ambulante y en la prestación de los servicios profesionales. Es decir, crea nuevas costumbres, tradiciones, valores, conductas, actitudes, una nueva cultura.

DE LA TRANSICION SOCIAL A LA ESTRATEGIA DE SUPERVIVENCIA

La transición social ha sido de grandes dimensiones y se presenta con múltiples manifestaciones y matices. Una de las instituciones que ha resentido con mayor violencia los embates de la modernidad ha sido la familia, la cual se ha obligado a modificar los roles asignados entre *sus* miembros para enfrentar las nuevas realidades económicas y sociales. Es cierto que una variedad muy rica e importante de análisis y estudios hicieron aportaciones que permitieron comprender los mecanismos que, desde finales de los años setenta y los finales de los ochenta, se crearon para enfrentar los efectos más negativos de la crisis. Al conjunto de esos mecanismos se les ha definido como “estrategias de sobrevivencia”. Tanto la crisis económica como la transición social provocaron cambios en el ingreso familiar en forma desfavorable, lo que originó la búsqueda de mecanismos o su refuncionalización dentro de la estrategia de sobrevivencia.

Entre los rasgos de esas estrategias se encontraba la incorporación de la mujer al mundo del trabajo en diferentes ramas productivas y servicios. Una de esas modalidades de incorporación fue la relación permanente con su lugar de origen, en el caso de las inmigrantes. El trabajo de aquella formaba parte del ingreso familiar, que se completaba con las actividades agrícolas del jefe de familia. Ello implicaba una identidad cultural fundamentalmente campesina y que pretendía guardar distancia con el mundo urbano. Otro componente lo representaba la familia extensa que permitía integrar miembros ajenos al núcleo principal: tíos, amigos, hermanos, abuelos, compadres, etcétera. Al parecer, entre los efectos de la transición social esta el de modificar o incorporar otros aspectos a la estrategia de sobrevivencia, reasignando los roles entre los miembros de la familia. Acaso el factor más sobresaliente ha sido la incorporación del trabajo infantil como mecanismo cada vez más

permanente del ingreso familiar. Pero no sólo eso, también ha propiciado una alteración en las propias relaciones sociales de la organización familiar. La presencia cada vez más numerosa de los niños callejeros en nuestras ciudades ha obligado a prestar mayor atención en tomo a la problemática infantil. De asunto privado ha pasado a asunto público. No obstante, conviene insistir que estamos apenas en el inicio de su estudio. Pese a este grave inconveniente se aventuran algunas hipótesis permitan alumbrar el camino sobre la importancia del trabajo infantil dentro de la estrategia de sobrevivencia.

Al parecer dos aspectos distinguen al trabajo infantil en este proceso de reasignación de roles: el creciente empleo en diferentes actividades y ocupaciones que han ido desde la “ayuda familiar”, sobre todo en talleres artesanales con la pérdida de su función educadora y formadora de la tradición familiar hasta la prostitución de menores hombres y mujeres; el segundo aspecto se refiere a la crisis y readecuación de las relaciones familiares dentro de la estrategia de sobrevivencia. Ello se ha traducido, entre otros elementos, la tensión que se presenta en las relaciones entre sus miembros. Si antes la variedad de las ocupaciones y actividades de sus miembros fueron factores de estabilidad en la familia, de relaciones de solidaridad, apoyo, confianza y mantenimiento de los lazos que permitían la reproducción social y cultural, la persistencia de la crisis y las políticas de ajuste ha puesto en tensión todos estos elementos. El asiento ha pasado de las zonas rurales a zonas urbanas, la migración temporal ha pasado a ser permanente en las zonas urbanas. De ahí que el trabajo infantil se fundamentalmente un fenómeno urbano. En gran medida, ello ha facilitado una readecuación de la estrategia de sobrevivencia, sobre todo cuando se asientan comunidades enteras de migrantes en zonas específicas que ha llevado a la denominada “ruralización de las ciudades”.

También ha provocado efectos negativos al presentarse tensiones psicológicas y sociales que repercuten en forma especial en los miembros que tienen menos posibilidades de renegociar la forma y la función de los roles, en este caso los niños y las niñas. El maltrato, el abandono, la marginación, la deserción escolar, la incorporación temprana de los menores a la búsqueda de fuentes de ingresos, la explotación, el abuso sexual, la desintegración familiar, la falta de expectativas sociales, etcétera han sido las manifestaciones más dramáticas de la transición social.

La reasignación de roles dentro de la estrategia de sobrevivencia ha abierto, al mismo tiempo, mercados de trabajo que han venido cubriendo los menores trabajadores con un doble propósito: aportar al ingreso familiar y evitar o, al menos, mitigar las tensiones psicológicas, sociales y familiares que sobre ellos recae.

EL TRABAJO INFANTIL EN MEXICO

México no ha sido ajeno a la dinámica social y económica que acabamos de describir. Desde los años setenta dejó de ser rural para convertirse en urbano. En 1970 su población urbana fue de 59%, para 1980 había aumentado al 66.7% Y para 1990 alcanzaba el 72%. De un total de 81 millones de habitantes, el 37.2% son menores de 15 años, es decir, cerca de 33 millones. Entre 1983 y 1989 tuvo tasas de desempleo urbano del 6.6% y 2.9% respectivamente.

La tasa de escolarización ha sido de las más altas de América Latina y se estimaba que en 1990 tendría cubierta la demanda de servicios educativos básicos. Asimismo, el analfabetismo es intermedia con el 12.2%, en tanto que su tasa de mortalidad infantil también se ubica entre las intermedias con el 42.6 por mil niños nacidos vivos. En 1984, se calculaba que el 30% de sus hogares se ubicaban bajo la línea de la pobreza, 23% de pobreza urbana y 43% de rural, y el 10% bajo la línea de la indigencia o pobreza extrema. Entre 1983 y 1986, su población mayoritaria ha visto descender su salario mínimo real del 76.6% al 50.7% Y sus remuneraciones medias reales, entre 1983 y 1987, del 80.7% al 72.8%.

En este marco se ubica el trabajo infantil. No hay certeza sobre su número. Mientras que para las autoridades responsables de su atención se cuentan en cientos o tal vez miles, para los organismos no gubernamentales pueden ser cientos de miles o quizás millones. Esta situación puede explicarse por varios motivos: el artículo 123 Constitucional prohíbe el trabajo a menores de 14 años, limita las labores que pueden desempeñar quienes tienen entre 14 y 16 y autoriza a mayores de esas edades a contratarse, gran parte del trabajo infantil se realiza bajo la modalidad de trabajo familiar y muchas de las ocupaciones y actividades que realizan escapan a las clasificaciones tradicionales y adoptan la generalidad de trabajo independiente.

No obstante, existen algunas estimaciones y estudios sobre la dimensión del trabajo infantil y la problemática del menor trabajador que dan cuenta de la incorporación y contribución del trabajo infantil al ingreso familiar y, por ende, a la estrategia de sobrevivencia. Andrea Bárcena, directora del Centro Mexicano para los Derechos de la Infancia (Cemedin) calcula entre 12 y 15 millones de niños que trabajan desde los ocho años para cubrir sus necesidades básicas y que no necesariamente son educación, vivienda y salud. Es decir, casi el 50% de los menores de 15 años enfrentan la urgencia de trabajar para proporcionar otro ingreso a sus familias, donde el desempleo y el subempleo, el hacinamiento y la violencia, el maltrato de los adultos, el abuso sexual y la presencia de padrastros, madrastras y madres solteras son los elementos que componen el cuadro familiar.

Otras fuentes calculan que cuatro millones de menores trabajan, la mitad de ellos cuentan entre 14 y 16 años, mientras que otras indican que son tres millones, de los cuales la mitad trabaja y deambula en la ciudad de México. Por su parte, algunos autores sostienen que se trata de dos millones cuyas edades van de 14 a 16 años y millón y medio menores de 14 años. En el primer caso se trata de quiénes realizan un trabajo subordinado, es decir, laboran en talleres mecánicos, eléctricos, de carpintería, en restaurantes, tiendas comerciales, fábricas y actividades agrícolas, mientras que en el segundo se considera a quiénes realizan trabajo autónomo. Para el Congreso del Trabajo suman ocho millones de niños trabajadores, mientras que UNICEF calcula en diez millones los niños trabajadores en las calles de México.

No obstante las diferencias en las cifras sobre el trabajo infantil en México se admite que la gran mayoría de ellos se ubica en el sector informal de la economía no sólo porque es más fácil su acceso a esas modalidades, sino por la tendencia que presenta la economía. Asimismo, reconocen que el trabajo infantil es producto de una reasignación de funciones dentro de la familia y, en general, de la estrategia de sobrevivencia y concluyen que “el ingreso que obtienen los menores disimula la falta de un salario y el deterioro paulatino del bienestar familiar y social, contribuyendo al ingreso familiar. En este marco, la gran mayoría de las instituciones gubernamentales y algunas no gubernamentales dan por hecho que esta tendencia es irreversible y, por tanto, orientan sus acciones a la atención y la protección laboral.

Consideran que el trabajo infantil forma parte esencial de estrategia de sobrevivencia y debe reglamentarse. En este caso hay quienes opinan lo contrario.

Algunos de los elementos que ilustran y componen el cuadro de la problemática del menor trabajador se enuncian a continuación. Al analizar la composición del ingreso familiar, así como el monto y la distribución de los ingresos diarios de los menores trabajadores se destaca la importancia del trabajo infantil en la estrategia de sobrevivencia. Por ejemplo, la estructura del ingreso familiar se compone en su mayoría de uno o dos salarios, 75 y 63% en el DF y Tamaulipas respectivamente, mientras que en el 10 y 7% de los casos se integra de cinco o mas salarios.

Asimismo, en el caso del destino de los ingresos diarios del menor, aunque hay variaciones sensibles en cada uno de los estados que se presentan, el mayor porcentaje se destina a la familia con el 70.6, el 60 y el 52%, mientras que el 14.7, el 35 y el 26% se utiliza en gastos personales para DF, Tamaulipas y Querétaro, respectivamente. Los ingresos diarios, agrupados en salario mínimos también manifiesta variaciones importantes. Sin embargo, los salarios

obtenidos se concentran en menos de uno con el 42.5 en el DF, y el 23% en Tamaulipas y entre uno y dos salarios con el 27.5 en el caso del primero y el 19% en el segundo.

En cuanto a la jornada de trabajo también se presentan fluctuaciones de acuerdo con la entidad. En el DF la jornada laboral tiene una duración de cuatro a cinco horas, 35.1%, mientras que en Querétaro el 36% de los menores realiza jornadas que van de ocho a 10 horas. Por otra parte, las actividades son múltiples y variadas. En Tamaulipas y Querétaro, el mayor porcentaje de menores se ocupan en servicios al público y servicios personales con el 32 y 35% respectivamente, en tanto que en el DF se emplean como vendedores ambulantes y trabajadores ambulantes en servicios con el 64.80%. En Tamaulipas, uno número significativo labora en actividades artesanales o fabriles, 34%, y en Querétaro el 20% se ocupa como ayudantes de peones y trabajadores no calificados.

Otros indicadores importantes son el grado de escolarización y las edades de los menores trabajadores. En general se trata de una fuerza de trabajo con cierto grado de calificación. El analfabetismo apenas alcanza el 7.4.2 y 8% en el DF, Tamaulipas y Querétaro. En cambio, el 89, el 61.26 y el 60.20% tiene estudios de uno a seis años en el DF, Tamaulipas y Querétaro. La escolaridad se incrementa en los dos últimos estados, pues el 30.28 y el 20% ha cursado entre siete y nueve años, es decir, por 10 menos han alcanzado estudios secundarios. Las edades fluctúan entre los 5 y 18 años con la siguiente distribución porcentual: en Querétaro el 48.48% tiene entre cinco y diez y, en el DF, el 63.3% entre 11 y 15 años.

Finalmente, el último indicador se refiere al tamaño de la familia. Para las tres entidades, el mayor porcentaje se concentra en la categoría de familias medianas, es decir, aquellas que se componen de seis a nueve miembros: 59,38.10 y 67.5% para el DF, Tamaulipas y Querétaro, respectivamente.

LOS ANGELES DE LA CIUDAD Y “LOS SALVADORES DE LOS NIÑOS”

Antes subrepticia ahora abiertamente los ángeles de la ciudad han ocupado los lugares mas inauditos de la geografía de la principal metrópoli mexicana. También han dejado sentir su presencia en las zonas petroleras, la frontera norte y zonas turísticas, “sitios con mayor mercado de trabajo, a donde muchos habitantes del campo han sido atraídos por un espejismo”.

Se le asocia con conductas ilícitas, se les considera una amenaza social en potencia y, en medio de mitos y leyendas, han tejido una red de complicidades ante un mundo cada vez más hostil y excluyente, ese que ha ido engendrando la modernidad.

Los críticos sociales, las organizaciones filantrópicas y religiosas, así como los reformadores sociales los descubrieron hace relativamente poco tiempo. Sin saber con exactitud cuando fueron tema de análisis social, político y económico, pronto se les consideró dentro de la categoría de problema social: son los niños de la calle. Su perfil es asunto de discusiones académicas, aunque no tanto como el asunto lo requiere. La naturaleza del problema y las posibles alternativas están por formularse.

Las diversas instituciones que han orientado sus esfuerzos a la “cuestión” del niño de la calle ensayan distintas propuestas institucionales de acuerdo con la filosofía y el perfil que sustenta su labor cotidiana. Para unas es viable solucionarla, para otros sólo mitigarla. Ambas coinciden en la urgencia de atender sus carencias económicas y espirituales, seguramente más las primeras que las segundas.

Los organismos gubernamentales, en especial las que creen viable la extinción de la pobreza como causa, han cuidado un aspecto que parece fundamental en el tratamiento de este problema, motivar la participación en la búsqueda de alternativas, con lo cual se pretende contribuir a una auténtica reforma social que pasa por el respeto y la creación de nuevos espacios sociales y culturales. Las instituciones oficiales han preferido bosquejar respuestas ortodoxas que ilustran una perspectiva más limitada del problema: fundar y promover sitios donde se puede ejercer un mayor control y vigilancia sobre este sector de la población. La oferta novedosa la proporcionó el Departamento del Distrito Federal: para evitar el hostigamiento policiaco y las prácticas parapoliciacas de los inspectores de vía pública de algunas delegaciones políticas se les entregará una credencial para identificarlos como niños de la calle. Es decir, se les ofrece una identidad que nunca han demandado, un “status” ciudadano. Al mismo tiempo, según atestiguan tanto los organismos oficiales y los no gubernamentales, han creado una capacidad de supervivencia poco usual en un sector juzgado socialmente “débil”. Pero esta cualidad podríamos considerarla, con toda razón, una “cultura del niño de la calle” que encierra códigos, señas, solidaridades horizontales, identidades grupales, ocupación habitual de espacios físicos (atarjeas, edificios derruidos, parques, etcétera), y desplazamientos geográficos tanto en el interior de la república como en su asiento natural, la ciudad de México. Sin embargo, esta cultura es uno de los aspectos menos difundidos y menos explorados. Al parecer, ello se

debe a que representa una cultura contestataria, radical que se enfrenta a una cultura que se funda en la aparente estabilidad, el culto al orden y a la asepsia social, más aún en estos tiempos de modernidad.

Esta privilegia la idea de la “reincorporación de la sociedad” de los niños de la calle sin precisar en que consiste ese proceso, porque y bajo cuales circunstancias la abandonaron. Además oculta una ambigüedad pues al considerarlos ajenos a un marco social fomenta la imagen de conductas ilícitas y peligrosas, criminales. Así, esta concepción cree que dotarlos de ciertas habilidades técnicas y la inculcación de valores morales, el trabajo estable, rítmico y regular, la vivienda y la alimentación permitirá alejarlos de su espacio vital, la calle.

La calle aparece como el lugar de la degradación moral pues en ella no prevalecen las distinciones convencionales de lo legal o lo ilegal, moral e inmoral, propio e impropio, permitido y no permitido. Por ello el afán de disuadirlo u obligarlo a abandonar su espacio social y decidir, en otras instituciones, su redención, regeneración y rehabilitación. Sin duda, en la calle han sido víctimas de la tortura, represión, violencia cotidiana, abuso sexual, tráfico de drogas y maltrato permanente, pero la historia personal de cada uno de ellos también registra la violación de sus derechos humanos y son sujetos de los males sociales que afligen al conjunto de la sociedad. En todo caso la debilidad de esa propuesta es “que no hay una calle que dé a estos niños ávidos de todo, oportunidades para canalizar mejor su carácter y sus energías”, según sostiene Andrea Bárcena, directora del Comité Mexicano para los Derechos de la Infancia.

Frente a una cultura excluyente que después pretende reincorporar bajo sus normas, es decir, por medio de establecimientos que funcionan bajo la lógica de los sistemas correccionales y penitenciarios, los niños de la calle responden con su cultura. Esta representa un radicalismo moral y social que promueve la posibilidad de cierta libertad o la ilusión de libertad. La resistencia al encierro físico y psíquico de la vida “civilizada”, así como el permanente rechazo a vivir bajo techo, dentro de cuatro paredes y de los lugares de trabajo, sometidos a las limitaciones del tiempo, del lugar y las convenciones constituyen el centro de su cultura. También el desafío permanente, aun sin quererlo o proponérselo, a las clasificaciones, “cada caso es distinto, opinan los especialistas, el ingenio para acomodarse en los recovecos de la economía y la sociedad, su obstinación ante los intentos de comprenderlos y reformarlos -”la verdad es que han sido vacunados y son inmunes a los tratamientos que les proporcionan”, declara entre resignado e indignado un alto funcionario del DDF, son elementos de un perfil cultural que se ha venido forjando ante los esfuerzos de un sector de la élite política y de la sociedad mexicana preocupada por aplicar viejas fórmulas para la regeneración para “las clases andrajosas y peligrosas”.

NOTAS

- (1) Entendemos por “transición social” el proceso mediante el cual un grupo social, en este caso los servidores públicos, los obreros calificados y los profesionistas dedicados al trabajo por cuenta propia fundamentalmente, es expulsado de un trabajo estable y crea múltiples arreglos ocupacionales buscados por todos los miembros de las familias para su sobrevivencia. En este proceso se presentan, entre otras cosas, efectos psicológicos y morales, inseguridad familiar, inestabilidad de ingresos, degradación, desgaste físico y pérdida de calificaciones y de capacidad de trabajo sistemático. Véase Galilea, Sergio: Jordan, Ricardo y Weinstein, Jacqueline. “La economía real del área metropolitana de Santiago: más allá de la dicotomía formal-informal” en *Revista Interamericana de Planificación*, volumen xxii, número 85, enero-marzo, 1988, pp. 67-94. Conviene apuntar que los autores no aluden a dicha definición de “transición social”, aunque sostienen puntos de vista a los aquí formulados e ilustran parte de dicho proceso.
- (2) La CEPAL estimó, en un informe publicado en mayo de 1990, que el porcentaje de pobres pasó del 41 al 43% de la población entre 1980 y 1986, es decir, de 135 a 170 millones de habitantes. Para 1989 los pobres sumaban 183.2 millones, el 44% de latinoamericanos. Asimismo, al proceso de urbanización que siguieron la mayoría de los países de la región se acompañó el empobrecimiento en las zonas rurales. Este último elemento, característica de los procesos industrializadores se ha detenido y enfrenta otras modalidades. En términos absolutos y relativos los finales de los ochentas y los inicios de los años noventa han visto reducir la pobreza rural e incrementarse la pobreza urbana. Este hecho no puede atribuirse únicamente a una migración masiva de las zonas rurales a las urbanas sino a la caída de los niveles de vida en las zonas urbanas. Es decir, el ritmo y la tasa de migración rural es inferior al ritmo y tasa de la pobreza urbana. Es uno de los efectos de la política de ajuste estructural que se ha instrumentado en nuestros países. Así de 113 millones de pobres que se estimó en 1970, el 63% se asentaba en el campo y el 37% en áreas urbanas. Diez años después se redujo el peso relativo de la pobreza rural, pasando del 63 al 54%, mientras que la urbana se incrementó del 37 al 46%. Para 1986, ésta última había superado a la primera: el 55% de los pobres se asentaba en zonas urbanas, mientras que el 45% lo constituían pobres rurales. Según documentos de la Primera Cumbre Iberoamericana, celebrada en la ciudad de Guadalajara en julio de

- 1991, “En esta aceleración del ritmo de la evolución de la pobreza en un periodo relativamente corto, destacan dos fenómenos: la concentración de la pobreza en las áreas urbanas y el aumento de la heterogeneidad de esa mayor pobreza urbana”. Véase CEPAL, *Magnitud de la pobreza en América Latina en los años ochenta*, Santiago de Chile, junio de 1990; Secretaría de Relaciones Exteriores, *Memoria. Primera Cumbre Iberoamericana*, Guadalajara, México, SR E, 1991, p.208.
- (3) la CEPAL sostiene que durante la década de los setentas se habla creado una estructura del empleo estable, “aunque no bastó para reducir el tamaño relativo del sector informal urbano el número absoluto de pobres, generó un crecimiento de los puestos de trabajo bien remunerados en el sector formal, especialmente de asalariados en empresas privadas grandes y medianas en el sector público”. Asimismo, un dato fundamental en esta transición se refleja en la calda del empleo y del producto industrial y un incremento en la participación de los servicios. Entre 1970 y 1980, el sector industrial creció 2.7 en promedio, mientras que en 1980 y 1985, se presentó un crecimiento negativo de 0.7, en tanto que en servicios creció entre 1970 y 1980 en 4.1 % anual y en el quinquenio de 1980-1985 de 4.5% anual. CEPAL, *Magnitud de la pobreza* ..., p. 35.; SRE, *Memoria*, p. 193.
- (4) Aguilar, Miguel Angel D., “Vida cotidiana y crisis” en *Ciudades*. Análisis de la coyuntura, teoría e historia urbana, año 2, no. 7, julio-septiembre de 1990, pp. 2-7: CEPAL, *Transformación productiva con equidad. La tarea prioritaria para el desarrollo de América Latina y el Caribe en los años noventa*, Santiago de Chile, marzo de 1990.
- (5) las “estrategias de sobrevivencia” pueden definirse como las actividades desarrolladas por diversos actores y sectores sociales que operan a nivel nacional, local, barrial y familiar con el objetivo de facilitar el acceso a bienes y servicios básicos a los grupos sociales que carecen de ellos Finquelievich, Susana, “Estrategias de supervivencia en las ciudades latinoamericanas Acceso a la satisfacción de necesidades, *Revista interamericana de planificación*, volumen xxii, número 85, enero-marzo, 1988, pp. 44-58.
- (6) El concepto de “ruralización de las ciudades” se refiere a la aparición de formas y estilos de vida campesinos dentro de asentamientos urbanos precarios. Allí donde florece el sector informal se crea una agricultura urbana, se construyen viviendas que se parecen a las del campo y se establecen “redes sociales” y relaciones sociales, en general, que se parecen a las que predominan en el mundo campesino Un claro ejemplo de ello, aunque no el único, lo representan las formas de asentamiento y apropiación del territorio urbano por parte de grupos de indígenas en el centro

de la ciudad de México. Según sostiene una investigación realizada por el Instituto Nacional indigenista “los grupos se han dividido la ciudad, tanto a nivel habitacional como de ejercicio laboral, particularmente en comercio ambulante. En el primer caso, es destacable el papel fundamental que juega el vínculo familiar en la sobrevivencia de los grupos indígenas. Gran parte de los indígenas que llegan a la ciudad lo hacen mediante ese nexo” Véase Sánchez, Víctor. “Estructuras de lo cotidiano y funcionamiento de la economía real en las ciudades: más allá de la dicotomía formal-informal” en *Revista Interamericana de Planificación*, volumen xxii, número 85, enero-marzo, 1988, pp. 8-17; Urrutia, Alonso, Indígenas en el DF: una penosa reconquista de su territorio, *La Jornada*, 11 de octubre de 1992.

- (7) Primera Cumbre Iberoamericana, *Memoria*, pp. 185-202. La reducción de la tasa de desempleo urbano, al parecer, se debe a la política gubernamental para aumentar las estadísticas del empleo, así como por razones de control político Sánchez advierte que “En ciudad de México encontramos estimaciones que van desde el 16% al 50% de la población trabajadora comprometida con el “sector informal” y más adelante agrega “Hay actividades, como la venta de periódicos, el lustrado del calzado en las calles, la venta de algunos alimentos y otras similares, que normalmente pertenecen de lleno al sector informal, pero que en el caso de México, son indirectamente organizadas por el propio gobierno. En efecto, las licencias y los sistemas de favores para operar sin problemas con la autoridad son repartidos por el propio partido gobernante, el PRI, que de esta manera da trabajo y coopta a centenares de individuos para su militancia y para integrarlos al conjunto de simpatizantes que lo apoya en gestas electorales. Existen verdaderas redes corporativas para la organización y la realización de las actividades informales que son controladas por el partido”, Sánchez, *Estructuras...*, pp. 11-15. Por su parte, la CEPAL explica la caída de la tasa de desempleo urbano y el incremento del empleo no profesional por cuenta propia “porque los gobiernos flexibilizaron tanto los controles municipales como las restricciones legales para el ejercicio de determinadas actividades, por ejemplo, el desempeño de servicios tales como taxímetros y ventas en la vía pública”. Primera Cumbre, *Memoria*, p. 196.
- (8) Primera Cumbre, *Memoria*, p. 213.
- (9) Bárcena, Andrea “De 12 a 15 millones de niños mexicanos buscan su sustento desde los 8 años” en *Periodismo por la infancia* 1991, México, Cemedin/CNDK, 1985, pp. 85-89; I Asamblea de Representantes del

- Distrito Federal. *La problemática de los niños que trabajan en el Distrito Federal*, (México, DF), I Asamblea/DDF, julio de 1990; Espinoza, Ma-rra Esther. "El derecho a su futuro" en *Periodismo por la infancia*, p. 63
- (10) El diseño y la presentación de los cuadros se basó en investigaciones realizadas en el Distrito Federal, Tamaulipas y Querétaro, en las cuales se emplearon distintas muestras y propuestas teórico metodológicas. Por tanto, sus conclusiones tienen valor para cada uno de los estudios. Tal vez la riqueza de éstos análisis reside en que se trata de "menores infractores" encuestados en Consejos Tutelares, Casas para Orientación de Varones, así como en diversas instituciones sociales y privadas que prestan sus servicios a los menores. Con todo se sostiene que la información que proporcionan revelan un cuadro más o menos completo de la situación del trabajo infantil en México. Los estudios son: Azaola, Elena. *La institución correccional en México. Una mirada extraviada*, México, Ciesas/ Siglo XIX, 1991; Garza, Fidel de *La cultura del menor infractor*, México, Trillas, 1987; García Ugarte, María Eugenia. *Los pequeños nómadas en la ciudad. Asistencia social a los menores en Querétaro*, México, Universidad Autónoma de Querétaro, 1989.
- (11) Bárcena, *De 12 a 15 millones...* (12) *La Jornada*, 30 de abril de 1991
- (13) Filo Rojo, n°. 1 de abril de 1991
- (14) *La jornada*, 29 de abril de 1991